

Neoliberalismo cínico, neoliberalismo avergonzado*

*Reinaldo A. Carcanholo***

Dedicado a mi amigo que cree que, aun hoy día, pienso y actúo de cierta manera como lo hacía en los idos de 1968. No lo sé y no he tenido la oportunidad, todavía, de preguntarle si eso constituye una crítica o un elogio. Le pregunto, pues.

Durante la década de los 90, el neoliberalismo, como ideología de la más cínica derecha, llegó a alcanzar el auge de su prestigio en nuestros países. Sin embargo, a partir del inicio del nuevo milenio, especialmente con la crisis argentina del 2001 (con la quiebra de su clase media, tal vez la más rica de América Latina, y con el elevado empobrecimiento de sus trabajadores), podemos decir que, en nuestro continente, empieza su declinación, por lo menos como cuerpo de ideas capaz de dominar las interpretaciones más difundidas sobre el mundo en que vivimos. Es en ese momento que se inicia la fase de su defensiva.

El primer experimento práctico de la doctrina neoliberal surge en Chile del dictador Pinochet, en los años 70, tras el golpe militar que ahogó en sangre una de las más bellas experiencias sociales y políticas de las que América Latina fue protagonista: el proyecto socialista del gobierno del presidente Salvador Allende. En contrapartida, la primera manifestación antineoliberal de repercusión mundial, también fue latinoamericana: el alzamiento zapatista en la selva de Lacandona, en el año 1994, contra el Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

Algunos años después, en noviembre de 1999, más de medio centenar de miles de personas ocuparon las calles de la ciudad de Seattle para protestar contra una reunión de la Organización Mundial de Comercio (OMC). A partir de ahí, el movimiento de resistencia al neoliberalismo no más se detuvo:

*“Ese movimiento no interrumpió su crecimiento y extensión – de los USA al Sudeste Asiático, de Europa a América Latina, del este europeo a África, hasta encontrar en Porto Alegre su espacio de formulación de alternativas al neoliberalismo, con el Foro Social Mundial”.*¹

En nuestro continente, tal vez el hecho más significativo para el desprestigio del neoliberalismo en lo que se refiere a las políticas que ha impulsado, haya sido la mencionada crisis de Argentina de 2001. De país ejemplar en la aplicación de las propuestas neoliberales, pasó a representar el mayor desastre económico de nuestros tiempos en lo que se refiere a su pueblo.

Es sabido el hecho de que la ofensiva neoliberal, de la que hemos sido víctimas en los años 80 y 90, ha alcanzado no sólo el campo de las ideas, sino que ha determinado en gran medida la política económica de muchos países de la periferia del sistema capitalista, con pocas excepciones. A pesar de que estamos en un período de defensiva de las ideas neoliberales, y a pesar de la crisis argentina de 2001, en lo que va de este milenio esas políticas continúan presentes (seguramente un poco más mascaradas que antes²) y siguen siendo la marca aun mismo de gobiernos que, en su momento, fueron elegidos con propuestas diferentes y incluso contrapuestas, con programas de cambios sociales de contenido reformista y progresista.

Por otra parte, no es poco significativo el número de aquellas personas que, con larga trayectoria de militancia social e política en el campo progresista y de izquierda, han abandonado, a pesar de ese período de la defensiva neoliberal en el ámbito de las ideas, el campo popular y se han bandeado para posiciones de defensa de las políticas ultraortodoxas y hasta neoliberales³. Para eso se

han utilizado de las más diversas justificativas, que pasan por argumentos del tipo de que no existirían alternativas o con argumentaciones de que las políticas implementadas se presentan modificadas por acciones sociales de cierta magnitud.

Eso es, en verdad, muy curioso: aún en un período de defensiva ideológica, el neoliberalismo consigue atraer para sus filas grupos políticos o sectores de militantes que poco tiempo atrás bramaban contra las ideas ortodoxas y neoliberales. Es verdad que eso se ha hecho con un discurso que algo disimula, que procura engañar, pero no por eso se hace menos nefasto.

Asimismo, en aquellos años 90, los ideales socialistas parecían haber desaparecido del escenario político más amplio y sus pocos defensores pasaban a ser vistos como nostálgicos defensores de una utopía que la historia hubiera mostrado su irracionalidad (“las viudas del socialismo desaparecido”). La historia se habría completado y no existiría más espacio para los “meta relatos” o para cualquier tipo de utopía. El cinismo, la hipocresía y la impotencia política ganaron actualidad y se ejercieron de manera desmedida y descarada. De esa manera, el ascenso neoliberal encontró su contraparte en los más diversos matices del postmodernismo en el ámbito social e político⁴. Sólo ahora, en los últimos años, las ideas socialistas comienzan volver a flote e a ser discutidas en algunos pero crecientes espacios y sectores de nuestra sociedad⁵.

Todo eso ha producido perplejidad, decepción y hasta desaliento en no pocos sectores de la militancia social y política de izquierda en nuestro continente.

Es verdad que el neoliberalismo está perdiendo terreno en el campo de las ideas y está en la defensiva, pero no ha sido derrotado y sigue siendo muy fuerte. Su fuerza no puede ser depreciada.

Lo cierto es que la ofensiva neoliberal de las décadas pasadas y la supervivencia de esas ideas nos ha incomodado mucho y sigue incomodando. Las razones de ese incomodo deben ser muchas, pero existen por lo menos tres que podemos señalar. En primer lugar, está el hecho de consiguió nos imponer sucesivas derrotas. Avanzó en el campo objetivo, conquistó espacios significativos. Europa Oriental (en los países del socialismo real) y aún en la Occidental, amplios espacios del Tercer Mundo (América Latina en particular) son ejemplos de esos avances. Ahí se encuentran los ejemplos de Chile, Argentina, México y de Brasil, entre muchos otros.

El neoliberalismo avanzó mucho en el campo subjetivo, ideológico, pero no por haber construido nuevos argumentos o nuevas líneas de raciocinio; tan poco por corresponder, en las décadas finales del siglo XX, más que antes, a la realidad concreta. En verdad, sus argumentos e su planteamiento teóricos poco se alteraron. La realidad en ese período, de hecho, no le concedía sostén mayor que la anterior; al contrario, en los días de hoy llega a sugerir, para los que tienen algo de lucidez, su falencia.

Así, su avance ocurrió mucho más como resultado del retroceso de su oponente, o mejor, de las distintas formas de acción, prácticas e ideas asumidas por sus oponentes. La conciencia de mucho de ellos o sucumbió frente a los atractivos de los privilegios del capitalismo, o se refugió avergonzadamente en los laberintos del posmodernismo; unos, renunciaron a sus principios éticos anteriores y adhirieron a la lógica neoliberal como si fuera inevitable (se autodenominan, muchas veces, “sector moderno de la izquierda”); otros, gastan su tiempo en interminables y hasta inteligentes explicaciones de porqué estaban antes equivocados y ahora están en lo cierto. Es necesario reconocer que nuestras filas se redujeron, retrocedieron de manera hasta cierto punto desordenada. Y eso nos incomoda mucho.

Sin embargo, nuestra incomodidad con el avance neoliberal no resultaba solamente de las derrotas que nos llegó a imponer. En verdad, para aquellos que, como nosotros, acreditan en la historia, nada existe de eterno. Además, es justamente en los momentos de retroceso político, en que se impone como conveniente la estrategia de la resistencia, que nos sentimos realmente más

relevantes. Aquel que haya tenido la oportunidad de participar de una batalla militar nos podrá decir que, en la ofensiva, todos son intrépidos y el ímpetu de las masas contagia a todos. Es en la resistencia (y no sólo en la directamente militar) y especialmente en aquella que se prolonga en el tiempo como si quisiera nunca terminar, en que se revela el más íntimo de la personalidad del combatiente, sus temores y su convicción: en una palabra, su coraje.

Así, en segundo lugar, durante todo ese tiempo, una parcela significativa de nuestro incomodo ha resultado del hecho de que nuestros argumentos antineoliberales parecían no ser suficientes para conquistar significativos sectores sociales, aun mismo de aquellos cuyos intereses se oponen al estado actual de las cosas. Delante de la mujer y del hombre común de la calle o de nuestras propias familias, humildes violentados por la lógica neoliberal, nuestras palabras parecían insuficientes; resonaban (a veces, en nuestra impotencia) como si fueran viejas expresiones sin contenido, algunas de ellas originadas de 1968, sin correspondencia con el real. ¿La impotencia de nuestras palabras resultaba o resulta de nuestra incompetencia?

Muchas veces llegamos a nos formular esa pregunta. Hoy la respuesta a ella es mucho más clara: es negativa y eso por el desarrollo presente de las luchas sociales. Aun antes ya sabíamos de eso y no solamente porque siempre hemos estado enfrentados a la oposición de un inmensa y poderosas máquina de comunicación social. Sin duda que esa máquina ha estado siempre al servicio del capital y ha sido capaz de imponer a todos (e incluso a nosotros mismos) no sólo todas las respuestas necesarias a la vida, como también y principalmente, capaz de formular, sustituyéndonos, todas las preguntas que parecen ser necesarias y deben ser contestadas. Dejemos a un lado esa cuestión que es indiscutible, es decir, nuestra relativa impotencia explicada por el dominio neoliberal de los grandes medios de comunicación que se prolonga hasta hoy. Nuestras palabras, en verdad, parecían o parecen impotentes porque, y eso es algo de extremada relevancia y debe ser muy bien entendido, el pensamiento neoliberal corresponde, de hecho y hasta cierto punto, a la realidad. Mejor dicho, corresponde a una dimensión de la realidad, a uno de sus dos aspectos o polos: a la apariencia.

En este momento, es importante que tratemos un poco de esa fundamental cuestión teórica. Al contrario de lo que se podría derivar de una perspectiva superficial sobre la dialéctica materialista (sobre la filosofía de la praxis), la apariencia de la sociedad, de las relaciones sociales, no es el resultado de un equivoco del observador; no se trata de un simple engaño de los agentes sociales. La apariencia es mucho más que eso: ella es una dimensión fundamental de la realidad; tan importante cuanto la esencia. Sin un profundo conocimiento sobre ella, nuestra comprensión solamente puede ser parcial, se sostiene sobre apenas una de las dos piernas. Ni aún se puede decir que la apariencia sea hasta ciento punto engañosa, pues, a pesar de negar al observador la fácil o inmediata comprensión de los verdaderos nexos de lo real, y de ocultar, como lo hace, el verdadero movimiento y la propia estructuración de la globalidad de lo real y de sus fundamentos, sin ella la realidad no es tal, o simplemente no lo es. De cierta manera, y no exclusivamente por cuestiones didácticas, podríamos decir que la apariencia es un aspecto de la propia esencia de lo real.

Detengámonos un poco en la cuestión de la apariencia específica de la sociedad capitalista y, para eso, dos cosas previas deben ser destacadas. En primer lugar, como hace más de cien años ya fue dicho⁶, la perspectiva que permite la visión exclusiva de la apariencia capitalista está constituida por el punto de vista del acto individual e aislado dentro de la sociedad. Segundo, pocos se atreverán a negar que hoy la relación salarial continua siendo la propia naturaleza de la sociedad capitalista.

Observemos, entonces, la relación salarial del punto de vista del acto individual e aislado. Individual en el sentido, obviamente, de no colectivo y, en el caso, abstrayéndose de la perspectiva de clase social como un todo. Aislado en el sentido de desvinculado de los nexos establecidos por la lógica de la continuidad de la producción, de su repetición periódica; en otras palabras, abstrayéndose la conexión del acto en sí con la reproducción de la sociedad, del capital, de las clases sociales;

abstrayéndose también la propia reproducción necesaria del individuo capaz de la relación salarial. En el punto de vista del acto individual y aislado, la reproducción de la fuerza de trabajo es considerada un dato; no una cuestión a ser resuelta.

Nos fijemos, entonces, y por un instante, en el interior de una oficina, antes mismo que el trabajador ingrese en el proceso productivo. Vemos allí adentro el empresario de un lado, o mejor, su representante (pero eso no importa) y un trabajador; ambos legítimos poseedores de mercancía. Aquel, propietario del dinero (representación abstracta del conjunto de las mercancías deseadas por el trabajador para subsistencia y reproducción), o mejor, de cierta cantidad de él; éste, propietario de la mercancía capacidad de trabajar. Ellos están en la inminencia de firmar un contrato, un acuerdo entre iguales, iguales propietarios de mercancías. Firmar o no dicho documento será manifestación integral de la libertad de cada uno de ellos. Ni el uno ni el otro están obligados a nada. La relación salarial realiza, por lo tanto, amplía e integralmente, la libertad humana. No existe autoridad que los obligue a ninguna cosa; no puede haber, no debe haber. El hecho de que un trabajador trabaje ora para un empleador ora para otro refuerza, aún más, la apariencia de una relación entre iguales. El mercado, así, es el *locus* de la igualdad y de la libertad.

Aun con cierto distanciamiento de la perspectiva del acto individual (desde que nos mantengamos fuera del punto de vista de la reproducción global), la apariencia de la relación salarial puede verse reforzada en determinadas circunstancias. En un mundo en que el desempleo es generalizado, el empleador, lejos de ser visto como un explotador, un beneficiario de la extorsión del excedente económico, un tirano en el interior de su empresa, se presenta muchas veces (o por lo menos, algunas veces) como bienhechor, a quien se debe agradecer por nos librar del desempleo. Los sindicatos japoneses en el interior de las grandes empresas tal vez hayan constituido, hasta algún tiempo atrás, ejemplo de esa perspectiva de gratitud y de reconocimiento por el “empleo de cada día”.

¿Quién negará la realidad de dichas conclusiones? La perspectiva neoliberal posee, por lo tanto, sólidas bases objetivas para sostener que el reino del mercado realiza la utopía de la plena libertad humana, tanto para unos cuanto para otros. Nuestra libertad sólo queda restringida, así, por nuestras propias y personales limitaciones y capacidades.

No es fácil en pocas palabras, ni es nuestro propósito aquí, explicar cómo y por que la perspectiva que privilegia el punto de vista de la relación de clases como un todo (de un lado los empresarios y de otro el conjunto de los asalariados) y el de la reproducción (es decir, de la producción capitalista vista en su conjunto y en su lógica de continuidad y ampliación) permite alcanzar otros resultados. Sin embargo, es útil resaltar que la perspectiva de la totalidad y de la reproducción permite entender que en el contrato salarial no hay una relación entre iguales, entre dos partes iguales, ni nunca hubo; que existe, de hecho, una relación de explotación; que la violencia del mercado es incluso más eficaz que la violencia directa como instrumento de la extorsión del excedente (especialmente por ser más sutil). Esa misma perspectiva permite demostrar que no existe intercambio de equivalentes en la relación salarial, pues el salario es la forma transfigurada del producto de mismo trabajador del período anterior; que la mayor ganancia obtenida por un empresario sagaz no es resultado de su astucia, pero expresión del hecho de que el excedente expropiado del trabajo por el conjunto del capital se distribuye en la proporción de esa sagacidad (por lo menos en parte). La ganancia del capital se obtiene sin que este ofrezca nada a cambio.

Así, la apariencia, visible a partir del punto de vista individual y aislado, es real, pero dificulta la comprensión del nexo interior de la realidad, de la esencia.

¿Cuál es, en verdad, el punto de vista, en su práctica o actuación diaria, del agente social, de cada individuo que vive, que subsiste en el interior de la sociedad? Su punto de vista es el de la perspectiva individual, aislada; su mirada no alcanza más allá de eso; sus ojos son miopes. Por eso, no puede ver más que la apariencia, y aquí está el gran fundamento del sostenimiento y de la fuerza de la

ideología neoliberal. Ella no es más que un elegante y elaborado discurso sobre la apariencia. Pero, atención: es indispensable reafirmar que la apariencia es la realidad (la realidad verdadera) en uno de sus aspectos y no simple equívoco de un observador ingenuo. Los mismos teóricos, aquellos alineados en el campo neoliberal, creen firme y sinceramente en la corrección de su perspectiva (en verdad, si no son todos los que realmente creen en eso, por lo menos muchos de ellos deben creerlo); en general, su actitud no resulta de mala fe. La bidimensionalidad del real es algo que les escapa; la dialéctica les es incomprensible y no les siendo posible reconocerla, todo lo que les escapa identifican con la metafísica, con algo ajeno a la ciencia y al real. La intuición que en ciertas circunstancias les puede permitir vislumbrar algo de esa dicotomía del real es rápidamente desmovilizada por los atractivos que el sistema ofrece.

Así, es verdad que la fuerza de la ideología neoliberal está en el hecho de que ella expresa adecuadamente (por lo menos en cierto nivel) la apariencia, pero también de que existe gran dificultad de alcanzar la esencia, aún para aquellos que poseen interés objetivo en ella y quieren realmente entenderla. El camino para adecuada comprensión de la dimensión esencial de la realidad está lleno de dificultades; lamentablemente la ciencia no está al alcance de todos.

De esa manera y en resumen, nuestro incomodo con el avance neoliberal resultaba no sólo de sus victorias objetivas, pero también del hecho de que su discurso tiene la fuerza de uno de los dos aspectos del real y de que, frente a eso, nuestras palabras, aunque correspondiendo al otro aspecto del mismo real, encuentran mayores dificultades para ser entendidas. Nuestra dificultad en el discurso no parece provenir de nuestra incapacidad, pero de dificultades objetivas. Reconocer dichas dificultades reales constituye el primer paso necesario para superar la impotencia; el segundo consiste en la necesidad de afilar nuestras armas, comprendiendo profundamente la estructura y la lógica del discurso neoliberal y entendiendo, con propiedad, la esencia de las relaciones capitalistas en la forma como se desarrollan hoy; no simplemente como se desarrollaban ayer, pero como se presentan en la actualidad y como aparecen aun más mistificadas, más disimuladas.

Sin embargo, parece existir una tercera razón para nuestro sentimiento de incómodo. En muchas oportunidades el discurso neoliberal no es directo; aparece mistificado, atenuado; es construido, muchas veces, para agradar aun más a los sectores a los que se dirige. El discurso neoliberal, cuando necesario, se hace hipócrita (se viste con piel de cordero), utiliza palabras y expresiones que suenan más simpáticas al público que pretende alcanzar; usa a veces una terminología socialdemócrata, otras veces busca mostrarse como único aliado o portador de lo moderno, de lo que es actual en oposición al retrógrado. El argumento neoliberal hipócrita es aún más difícil de ser enfrentado.

Es verdad que a veces encontramos el neoliberalismo claramente expreso y presentado por algunos de sus más elevados representantes, aunque, entre nosotros, en nuestros países periféricos, eso no sea tan frecuente. Veamos un ejemplo particular de la sinceridad de esa ideología. En libro publicado aún en la década del 90 por E. G. Fonseca⁷, encontramos, entre otras cosas, una preciosidad de ese pensamiento de autoría de uno de sus más conocidos defensores, Friedman:

“Pocas tendencias podrían minar tan completamente los propios fundamentos de nuestra sociedad libre como la aceptación, por parte de los dirigentes de empresa, de una responsabilidad social diferente de la que tiene como objetivo hacer la mayor cantidad de dinero posible para sus accionistas”⁸.

Así, Friedman no tiene ningún pudor al enaltecer el comportamiento egoísta y para criticar duramente cualquier concesión a la solidaridad y a la generosidad. La actitud derivada del egoísmo empresarial y del ansia por mayores ganancias a cualquier precio es la única compatible con la sociedad libre. Cualquier indecisión del empresario, y también de cualquier otro de los actores sociales, que signifique una aproximación a un sentimiento humanista (de cualquier tipo), socava los

pilares y la propia estructura de la sociedad de mercado. ¡Cuánto coraje para expresar claramente lo que se piensa! Seguramente la cita referida se encuentra entre las mejores para ejemplificar lo que podríamos llamar de *neoliberalismo cínico*. Dicho extremo llega a sobrepasar hasta los niveles admisibles de la correspondencia de esa ideología con la apariencia de lo real. De elegante discurso sobre la apariencia, el neoliberalismo se convierte, así, en indecoroso cinismo.

Los representantes de dicha concepción del mundo más cercanos geográficamente a nosotros, en particular en nuestro país, no son tan claros ni explícitos como Friedman; practican, en general, el discurso neoliberal hipócrita. Es el caso del mismo Fonseca, citado anteriormente, que en ningún momento llega a concordar totalmente con las palabras de ese autor. Aunque su creencia en el mercado sea extrema⁹, hace cierto esfuerzo para encontrar espacio teórico para los valores morales y éticos dentro de la lógica de la sociedad¹⁰. Para él, dichos valores son indispensables para que el mercado llegue a cumplir adecuadamente su papel en el orden económico; para que sea capaz de funcionar con mayor eficiencia en la organización de la sociedad, cuando esta posee, como objetivo, la producción material de la riqueza. Él tiene incluso el atrevimiento de sugerir, aunque tal vez tímida y avergonzadamente, que es en la ausencia de ciertos valores morales en que se encuentra la explicación de la problemática de las “naciones en desarrollo”:

*“...la disposición de la mayor parte de los individuos de aceptar las reglas de juego... constituye un generoso insumo de moralidad cívica. En la ausencia de ese insumo – como parece ser el caso en una considerable parte de las naciones en desarrollo – las instituciones del mercado competitivo no se solidifican y el juego económico de la sociedad tiende a proseguir de modo precario, inestable y desordenado.”*¹¹

No debe ser muy difícil encontrar, aún hoy, en el interior de las filas neoliberales más cínicas, una explicación para la problemática de los espacios periféricos por medio de las cuestiones raciales o climáticas. Pero, sin duda, eso es una exageración y tal vez el neoliberalismo avergonzado jamás llegue a tanto.

En ese aspecto, el raciocinio y la lógica neoliberales son muy curiosos. Cuando confrontados con la necesidad de explicar aquellos países o espacios organizados de forma mercantil, donde prevalece la riqueza material, afirman su creencia firme y ciega de que es la existencia del mercado la que garantiza la prosperidad; transforman eso en verdad absoluta y suprema. Se torna un axioma. Cuando delante de espacios donde no existe dicha prosperidad, como es el caso de países como los nuestros, buscan encontrar algo que explique la razón por la cual la mágica capacidad del mercado no logra tornarse efectiva; seleccionan cualquier cosa que justifique el hecho de que el mercado no funcione con perfección. ¡Que bella lógica!

Así, como dijimos, para explicar la problemática extrema de los espacios periféricos, el raciocinio neoliberal cínico puede recurrir a las cuestiones raciales o climáticas (por ejemplo, el clima tropical determinaría, en el comportamiento individual, un excesivo apego a la libido) que dificultarían el funcionamiento económico y perjudicarían la operación adecuada de las funciones del mercado. En los países, espacios o regiones periféricas del capitalismo donde no ocurre la prosperidad, pero la miseria extrema, el desempleo, la marginalidad y la exclusión, donde también prevalece la ley mercantil y donde el sistema de precios es el mecanismo fundamental de coordinación económica y asignación de recursos, no es necesario atribuir al mercado la responsabilidad por los problemas; es fácil encontrar un chivo expiatorio. El neoliberal avergonzado, el que practica el discurso hipócrita, por otra parte, no osa tanto y si no puede recurrir a factores como aquellos – tal vez no sea políticamente correcto – posee imaginación suficiente para encontrar otros; uno de ellos, aceptable, tal vez sea, como ya mencionamos antes, el de que el mercado se ve perjudicado por la ausencia de ciertos valores morales (entendido incluso como factores de producción¹²) que existirían, en verdad, en los países desarrollados. Por lo menos es un tipo de explicación menos ridícula (en verdad ¿lo es?). No

determinara implicaciones tan trágicas, dicha lógica, tal imaginación, tales razonamientos serían simplemente grotescos.

Es posible que el intelectual neoliberal nativo de los espacios o países periféricos no posea muchas alternativas. Es verdad que el neoliberalismo, en sus principios básicos, corresponde a un aspecto de la realidad: su apariencia. Sin embargo, en la amplitud de sus implicaciones y de sus consecuencias, cuando realmente practicado, confrontado con la realidad social extrema de atraso y miseria de esos espacios, se torna visible su contrasentido. Entonces, aquel intelectual no puede tener otra alternativa que no sea la de encuadrarse en cierto neoliberalismo avergonzado, que no tiene el coraje de exponer todas las implicaciones de su discurso articulado sobre la apariencia capitalista. Así, el neoliberalismo periférico se hace hipócrita. No se atreve a afirmar categóricamente que la ausencia de valores éticos es lo que explica la miseria y el atraso, pero la sugiere. No se atreve a defender en todos sus aspectos el neoliberalismo cínico, pero queda en sus proximidades. El neoliberalismo de la periferia oscila entre el discurso de la apariencia y de la práctica teórica de la hipocresía.

El discurso neoliberal avergonzado, que en algunas circunstancias es llamado de social-liberalismo¹³, es aquel que niega su pretensión de impulsar políticas recesivas, de contención salarial, de privilegios aun mayores a los sectores poderosos, de estímulo a la lógica salvaje del mercado, niega que favorezca al capital especulativo o rentista; jamás declara su deseo de trasladar las leyes de la selección natural para el ámbito social de la economía. Mistifica su discurso con palabras más aceptables para aquellos que serán perjudicados.

En los países periféricos, hemos de nos enfrentar no sólo con la fuerza del discurso neoliberal que corresponde en sus principios básicos a un aspecto del real, pero también tenemos que nos confrontar con la hipocresía de la política que de él deriva y que aparece muchas veces disfrazada de socialdemócrata y hasta de humanista¹⁴. Además de un conocimiento profundo y adecuado de las dos dimensiones de lo real de la sociedad capitalista (la apariencia y la esencia), en toda su complejidad y concreción, la batalla contra el neoliberalismo exige que se desnude el discurso hipócrita y que se revelen sus implicaciones y consecuencias más profundas.

Por eso, dejemos un poco al lado el neoliberalismo avergonzado e hipócrita y busquemos reconstruir, en pocas palabras, lo que podrían ser las líneas generales del discurso de un neoliberal cínico: su perspectiva ideológica y sus recomendaciones políticas. Es bien posible que no encontremos ninguno de los neoliberales asumidos que posean tanta claridad de razonamiento. Pero eso podría ser atribuido no a la incompetencia de sus cuadros, pero tal vez al hecho de que, a pesar de todo, el cinismo de un ser humano posee cierto límite. Tal vez con esa tentativa de reconstrucción, nuestras armas se tornen más afiladas; por lo menos nuestra indignación puede aumentar. Con la palabra, pues, un neoliberal cínico:

Perspectivas y Recomendaciones de un Neoliberal Cínico

Se cree que el fundamento del pensamiento neoliberal consista en la creencia total y absoluta en el automatismo del mercado. Eso es verdad solamente en parte.

De hecho, la idea de que el libre y normal funcionamiento del mercado garantiza automáticamente el equilibrio económico y la solución óptima de la asignación de los recursos es importante y realmente fundamental de esa concepción. Sin embargo, nos es la idea básica, fundadora, punto de partida de esa perspectiva.

La idea básica es la de que el capitalismo constituye la forma perfecta y final, última, de la organización de la sociedad. Con él, se ha alcanzado la forma ideal de organizar y conducir la cuestión económica. La historia de la humanidad ha sido un proceso de crecimiento y perfeccionamiento para que se alcanzara y se construyera la sociedad capitalista desarrollada. El capitalismo es el fin de la historia, pues es la perfección.

¿Por que el capitalismo es la sociedad adecuada, perfecta? ¿ Por que constituye el fin de la historia? La respuesta se encuentra en el hecho de que él es la realización de la propia naturaleza humana, donde el ser humano encuentra la más plena y verdadera libertad:

El ser humano es esencialmente egoísta. El egoísmo, lejos de ser una desviación del comportamiento humano, está en la base de su propia constitución; es su propia naturaleza. La acción humana, cualquier que ella sea, siempre posee motivación egoísta¹⁵. Hasta el amor es expresión de un deseo de posesión exclusiva y, por otra parte, la ayuda o el apoyo a otra persona siempre resulta de la expectativa de retorno mayor. Dicho retorno puede ser directo o resultar del hecho de que se produzca una imagen positiva en los demás.

El capitalismo se constituye y se organiza sobre la base de intenciones egoístas; se aprovecha de eso; transforma el interés personal y egoísta, como por arte de magia, en mecanismo propulsor de su funcionamiento y crecimiento. Convierte en gran virtud lo que era entendido como pecado; y eso liberta. La naturaleza egoísta puede ser plenamente realizada sin constreñimientos.

Así, realizar plenamente la ganancia material, sobre todas las cosas, ahí está la verdadera libertad. No existe otra. La riqueza material, ya lo decía Smith, es el poder de dominar seres humanos¹⁶, es, por tanto, el instrumento por medio del cual se puede constituir en ser superior a otros. Es la riqueza material que reconoce la natural superioridad de unos sobre los otros y ella es, así, el único verdadero objetivo del hombre.

El dinero, como existencia más abstracta de la riqueza material en nuestra sociedad capitalista, es y realmente debe ser el supremo objetivo humano. Es el único que permite garantizar la verdadera libertad y felicidad del hombre. Ya lo decía un autor del siglo XIX, con base en la lectura de Goethe y Shakespeare:

“Lo que mediante el dinero es para mí, lo que puedo pagar, es decir, lo que el dinero puede comprar, eso soy yo, el poseedor del dinero mismo. Mi fuerza es tan grande como lo sea la fuerza del dinero. Las cualidades del dinero son mis —de su poseedor— cualidades y fuerzas esenciales. Lo que soy y lo que puedo no están determinados en modo alguno por mi individualidad. Soy feo, pero puedo comprarme la mujer más bella. Luego no soy feo, pues el efecto de la fealdad, su fuerza ahuyentadora, es aniquilada por el dinero. Según mi individualidad soy tullido, pero el dinero me procura veinticuatro pies, luego no soy tullido; soy un hombre malo y sin honor, sin conciencia y sin ingenio, pero se honra al dinero, luego también a su poseedor. El dinero es el bien supremo, luego es bueno su poseedor; el dinero me evita, además, la molestia de ser deshonesto, luego se presume que soy honesto; soy estúpido, pero el dinero es el verdadero espíritu de todas las cosas, ¿cómo podría carecer de ingenio su poseedor? Él puede, por lo demás, comprarse gentes ingeniosas, ¿y no es quien tiene poder sobre las personas inteligentes más talentoso que el talentoso? ¿Es que no poseo yo, que mediante el dinero puedo todo lo que el corazón humano ansia, todos los poderes humanos? ¿Acaso no transforma mi dinero todas mis carencias en su contrario?”¹⁷

Cristianos y humanistas en general afirmarán que el capitalismo genera y radicaliza las desigualdades; que, aunque sea capaz de crear inmensas riquezas (como ningún otro sistema anterior), genera al mismo tiempo, necesariamente, la miseria en el otro extremo. Y eso es verdad, pero su ingenuidad no les permite observar que eso no solamente es así, como es necesario que lo sea.

Cualquier intento de promover el igualitarismo, sea por medio del Estado, sea por organizaciones de la sociedad civil, destruye la fuerza creadora de la competencia económica, de la cual deriva la salud de la sociedad y especialmente de la economía. Además, restringe la propia libertad del ser humano, en la medida en que restringe su capacidad de revelarse mejor o superior a los demás. La desigualdad es un valor positivo de la sociedad contemporánea occidental e imprescindible para su adecuado funcionamiento y crecimiento.

Los humanistas afirmarán que uno de los aspectos más negativos y que deben ser más combatidos en el capitalismo es el desempleo forzado de sectores de la población. También aquí se equivocan, pues el desempleo, en determinada magnitud, cumple una importante función pedagógica al operar como sustituto de látigo para disciplinar la masa de trabajadores. El desempleo forzado e su consecuencia directa, la miseria extrema, funcionan como instrumento que disciplina los trabajadores, que los obliga a aceptar las determinaciones de sus patrones. Por lo demás, por medio de la existencia del fenómeno del desempleo, aquel que emplea será visto por los humildes e inferiores no como un egoísta, pero como un bienhechor.

La magnitud del desempleo solamente sobrepasa lo adecuado cuando pone en riesgo la estabilidad institucional, en la medida en que comienza a generar descontento social generalizado. Saber la exacta magnitud adecuada del desempleo sería difícil si no existiera la capacidad de represión del Estado. Ella es lo que permite ampliar los límites entre lo adecuado y lo peligroso del desempleo, facilitando así la tarea de los economistas en producir la recesión.

Se dirá que la existencia de desempleo y de la miseria constituye factor de violación de la libertad y de la felicidad de sus víctimas. No son ni el mercado ni el capitalismo los responsables, en verdad, por eso. En ellos, la libertad y la felicidad individual sólo están limitadas por la capacidad, esfuerzo y dedicación de cada uno. El sufrimiento que por ventura ocurra es de responsabilidad total e enteramente de cada uno.

Ahora bien, se puede pensar que es muy difícil encontrar, en la sociedad, apoyo suficiente para impulsar un programa neoliberal. Eso porque, tal programa, al condenar la gran mayoría de la población, especialmente en los países atrasados, a la natural miseria que corresponde a su mediocridad de espíritu, produce muchos enemigos. Eso es un gran equívoco. Examinemos cuidadosamente con qué apoyo podemos contar en la sociedad.

Sin duda ninguna, entre los defensores de la política neoliberal están los poderosos, los sectores dominantes. No solamente por su acceso al conocimiento, pero, mucho más, por sus propios intereses, ellos se identifican con la postura neoliberal.

Enseguida, pasando al otro extremo, consideremos los sectores más humildes y más miserables. Aunque nuestra política contribuya para la amplificación de la magnitud de ese sector social, no se debe olvidar que el egoísmo y el oportunismo humanos (radicalizados en ese sector en virtud de su particular situación) amplifican el individualismo. Esos sectores están constituidos por individuos fácilmente comprables, además de muy influenciables por el poder de los medios modernos de comunicación. Su perspectiva y su horizonte de pensamiento raramente sobrepasan el punto de vista del interés estrictamente individual y, en esa medida, son fácilmente

conquistables. Solamente el peligro de la organización (sindicatos, organizaciones de la comunidad y de solidaridad, etc.) es que les puede desviar de una perspectiva de apoyo a políticas adecuadas, pues pueden alcanzar cierto grado de perspectiva colectiva, lo que los transformaría en enemigos. Solo el punto de vista de la globalidad puede hacerlos entender sus intereses colectivos e entrever su destino irremediable, llevándolos a las trincheras del antiliberalismo.

Tal vez el grupo más difícil de analizar esté constituido por los sectores intermediarios. Está formado por profesionales liberales, funcionarios de nivel intermedio (y también relativamente elevado) del sector privado y del público, pequeños y medianos empresarios del comercio, de la industria y del sector de servicios, intelectuales académicos, medianos propietarios rurales, etc.

Esos sectores intermediarios constituyen una parcela privilegiada dentro de la sociedad capitalista. Por tratarse de un grupo muy diversificado, se divide entre concepciones muy variadas con relación a la sociedad. Sin embargo, algunas cosas pueden ser afirmadas sobre él. Del punto de vista de su interés objetivo, la destrucción del capitalismo no les conviene, pues perderían sus privilegios. Se preocupan especialmente con los riesgos de supervivencia de la forma actual de sociedad porque ella les conviene. Sin embargo, viven permanentemente temerosos por la posibilidad de que caigan en el lado más pobre de la sociedad. Por eso, se preocupan, muchas veces de manera exagerada, con el carácter excluyente del crecimiento económico.

Del punto de vista político, ideológico y social constituyen el sector más temeroso y vacilante. Por la posición intermediaria que ocupan y por la variedad de grupos en su interior, los sectores medios presentan una postura muy poco precisa; pueden ser grandes defensores del neoliberalismo (e incluso constituyen la cuna de los más intransigentes y radicales líderes defensores del capitalismo), como pueden ser víctimas de una perspectiva igualitarista nefasta. En general, sin embargo, fructifican mucho entre ellos las ideas socialdemócratas, tanto las semihumanistas cuanto sus opuestas (las más próximas del neoliberalismo), siendo predominante, sin embargo, la que disfraza un neoliberalismo avergonzado y temeroso.

La postura concreta de esos sectores, en cada período, depende de muchos factores: del tipo de camada social en su interior, si más o menos privilegiada; depende de la circunstancia económica coyuntural (si de estancamiento, crisis, inflación, crecimiento) y de la coyuntura política. En coyunturas políticas o económicas más extremadas, sus capas menos privilegiadas pueden ubicarse aquí o allí: pueden servir de fuerza social principal de nuestra doctrina e incluso del fascismo (al lado de sectores marginales, maniobrados por el oportunismo que les caracteriza), o pueden aliarse temporalmente a las fuerzas nefastas del anticapitalismo.

Una cosa es indiscutible. Solo hay un medio de garantizar un compromiso más serio y permanente con nuestro ideario, en alguien perteneciente a los sectores medios: un elevado número de ceros a la derecha en su cuenta bancaria.

Finalmente, el último sector: aquel formado por los que trabajan y, así, controlan cierta parcela del proceso económico, especialmente la producción y la tecnología, pero que no están entre los dirigentes y propietarios. Algunos de ellos, pocos tal vez, pueden ser comprados; pero deben serlo a muy buen precio para que se evite el riesgo de la traición; el blanco principal de nuestra acción de ese tipo debe ser sus líderes, especialmente aquellos dirigentes gremiales que manifestaren tendencias burocráticas, conciliatorias o oportunistas. La gran mayoría, sin embargo, especialmente aquella que está organizada colectivamente, debe ser considerada

enemiga. Es necesario someterla a través del riesgo del desempleo y de la pobreza o por la represión.

Teniendo todo eso en consideración, es necesario adelantar algunas recomendaciones, que en este momento nos ocurren, buscando el fortalecimiento y la victoria de nuestra perspectiva política.

Es indispensable estimular, por todos los medios posibles y en todas las camadas de la sociedad, la visión individualista de las cosas y combatir, intransigentemente, la perspectiva colectiva.

Es necesario combatir todas las formas de organización que permitan establecer un nexo entre intereses colectivos en oposición al desarrollo lógico de la sociedad: sindicato, organizaciones de la comunidad en general, organizaciones asistenciales e incluso las sociedades de vecinos. Solo deben ser estimuladas asociaciones sobre las que se pueda tener la certeza sobre sus objetivos y que, por otro lado, no diferencien sectores de la sociedad. Entre ellas pueden mencionarse los grandes equipos de fútbol, en particular sus organizaciones de hinchas. En esos casos, el fanatismo y la violencia son incluso recomendables, dentro de ciertos límites, como forma de canalizar las frustraciones, especialmente de los sectores más marginados.

Por otra parte, la formación de pequeñas mafias, organizadas para explotar la prostitución, el juego ilegal, el tráfico de drogas y mancomunados con los propios sectores encargados de la represión institucional, sólo es negativa hasta cierto punto. Su estructura rígidamente jerárquica y sus objetivos sirven de canales de manifestación de las frustraciones sociales de los sectores marginados. Crean, por una parte, la expectativa de la riqueza para esos sectores y, por otra, favorecen el apoyo del restante de la población a la formación de un aparato estatal represivo fuerte, condición de supervivencia de la sociedad actual.

Fundamental también es incentivar, en la mente de las personas, la desesperanza, promover la destrucción de las utopías e estimular la creencia de que el futuro, en la mejor de las hipótesis, será igual al presente (jamás mejor). Todo eso posee la mágica capacidad de hacer con que las masas carentes y los sectores medios reluctantes acepten nuestro programa. La idea generalmente difundida de que el ser humano no es capaz de cambiar la historia es fundamental y debe ser complementada con la creencia mística, con la idea de que el futuro está comandado por fuerzas sobrenaturales. El misticismo debe ser fuertemente estimulado. Así, los profesionales ligados a la difusión de esas creencias (astrología, quiromancia, taró, numerología, etc.) deben ser estimulados y regiamente pagados, recompensados. Se debe, al mismo tiempo, incentivar la creencia y la expectativa en el enriquecimiento por medio del juego de azar y de la suerte de cada uno (sorteos, bingos, loterías de todos los tipos).

El sector que controla u opera los medios de comunicación debe ser tratado con extremo cuidado, especialmente aquél relacionado con la 'media' no escrita, en particular la televisiva. Sus artistas, comunicadores, áncoras, editores, directores, cantantes, presentadores, compositores, comentaristas deben tener tratamiento especial. No se debe economizar en la remuneración de esos profesionales; de ellos depende en gran parte la hegemonía de nuestro ideario. A pesar de todo, siempre habrá entre ellos, los rebeldes; unos más, otros menos. A esos rebeldes se debe negar espacios, dificultar su trayectoria; son enemigos poderosos y peligrosos.

Particular atención debe merecer la enseñanza en todos los niveles. La educación debe ser esencialmente profesionalizante y desprovista de visión humanista. Los estudiantes, en su casi totalidad, deben ser entrenados para ejecutar, nunca para pensar. Deben ser preparados para un

amplio mercado de trabajo constituido de ocupaciones con tareas rutinarias y burocráticas. Eso queda facilitado, pues corresponde a la expectativa de la gran mayoría de ellos, aun en el nivel superior.

Es cierto que, con la recomendación anterior, no formaremos lo que constituirá la elite pensante del país. Sin duda necesitamos de profesionales competentes, creativos, emprendedores; precisamos de verdadero líderes. Sin embargo, el número necesario de ellos no es tan grande como puede parecer a primera vista. Ellos pueden y deben ser reclutados casi exclusivamente en los estratos más elevados de la sociedad y a ellos deben ser reservados unos pocos establecimientos de enseñanza superior, exclusivos, no accesibles a las otras camadas sociales. Así, con todo eso, se garantiza la fidelidad de ese futuro sector dirigente a la nuestra concepción.

Dijimos que la elite pensante debe ser reclutada casi exclusivamente en los estratos más elevados, y eso porque, en verdad, hay la necesidad de promover algunos individuos de las clases inferiores al status superior. Ello puede ser hecho por medio de la enseñanza. Eso es muy importante pues crea, en la población más carente, la idea de la posibilidad de la ascensión social.

Es verdad que, a pesar de todo eso, algunos de los estudiantes privilegiados, cualquiera que sea su origen, terminarán por caer en las manos de la ideología nefasta del igualitarismo y del idealismo. Si aun la alta remuneración y los privilegios no lleguen a ser suficientes, solo podrán ser tratados como enemigos.

Es conveniente mantener la existencia de partido o partidos políticos que presenten, en su programa, concepciones intermediarias. Son ellos que garantizan espacio para aquellos sectores privilegiados de la sociedad, capas medias e intelectuales, que no se atreven claramente a expresar nuestras posiciones. Pueden presentar diversas caras, pero, en verdad, constituyen partidos que defienden posiciones propias del neoliberalismo. En los últimos tiempos, se trata realmente de neoliberales avergonzados y, sin duda, cumplen un papel fundamental en la alianza en defensa de la sociedad actual. Fue lo que ocurrió en años más o menos recientes con partidos socialdemócratas, tanto en Europa, cuanto en América Latina y aún en Australia y Nueva Zelanda.

Finalmente, si llegáramos a estar en una circunstancia política desfavorable a nuestra doctrina, queda aún el llamado a un régimen de fuerza, a la dictadura. Crear condiciones para ella no es difícil, sobre todo controlando los principales medios de comunicación: que se desmoralice la democracia divulgando lo que ocurre de hecho (corrupción negociaciones excusas, apropiación del dinero público por diversos medios), que se provoque la hiperinflación o el estancamiento, que se generalice el desempleo y, por lo tanto, la desesperación de las poblaciones. Estarán dadas las condiciones para que amplias camadas de la población, sobre todo las más humildes, clamen por un hombre fuerte, por un régimen de fuerza. La democracia sólo es legítima en cuanto garantiza la hegemonía de la perspectiva neoliberal.

Palabras Finales

Ya es hora de que retomemos la palabra; el micrófono. Después de eso, de tales palabras, sólo podemos quedarnos totalmente perplejos frente al cinismo que se trasparenta del discurso sin maquillajes de un neoliberal. ¿Hemos exagerado? Probablemente no.¹⁸

Delante de eso, ¿qué es lo que podemos decir o hacer? En primer lugar es indispensable declarar nuestro total antagonismo a todo e cualquier tipo de neoliberalismo. Somos sus intransigentes

e irreconciliables enemigos; enemigos, no adversarios: del cínico, del hipócrita, del avergonzado y de cualquier otro tipo que pueda existir.

Debemos, además, reconocer las reales dificultades del momento, sin subestimarlas, pero también sin exagerarlas. Eso es indispensable para elaborar nuestras estrategias. El neoliberalismo cínico está en la defensiva, pero no ha sido derrotado. En el campo de las ideas aparece con un ropaje más sutil o delicado. En el ámbito de la política económica aparece implementado también por gobiernos con cara progresista y humanista, sostenido algunas veces por capas humildes de la población. Justamente por eso nuestro discurso necesita ser intransigente contra los principios y las prácticas derivadas del neoliberalismo.

Para finalizar, una sola cuestión. Es verdad que, de los años 60 para hoy, el mundo ha cambiado y cambiado mucho²⁰. ¿Sorprendente? Sin embargo, ¿no afirmábamos categóricamente, desde entonces, o desde antes aún, que el mundo no era estático? En verdad, la sorpresa sólo puede estar entre aquellos que, creyendo que todo cambia, pensaban que los cambios siempre fuesen en dirección al bien, hacia delante, hacia el alto. Ellos creían no en la mano invisible, pero en la mano todopoderosa que nos conduciría inevitable y plácidamente al paraíso. Ellos, sí, hoy, están sorprendidos y por eso optan por el cinismo o renuncian a pensar y por lo tanto a vivir; vegetan, por más que cercados de los placeres materiales.

El mundo ha cambiado mucho, pero no puede cambiar nuestras conciencias, nuestros principios, nuestros valores éticos.

No podemos creer que el futuro pertenezca al cinismo, ni a la hipocresía. No podemos saber exactamente como será ese futuro. Tal vez muy poco se pueda decir acerca de él, pero una cosa es rigurosamente cierta: el mañana pertenece a la historia. Y ella es construida por nosotros. Por cada uno de nosotros.

Notas

* Reformulación, para actualizar, del artículo en portugués denominado “Contra a ofensiva neoliberal, a hipocrisia e a impotência”.

** Profesor de la Maestría en Política Social y del Departamento de Economía de la Universidade Federal do Espírito Santo (UFES). Tutor do PET-Economia / UFES (SESU-MEC). Doctor en Economía, UNAM, México. (Dirección: Av. Fernando Ferrari, 514. CEP 29.075.910. Vitória – ES – Brasil. Tel (55 27) 40092742 – e-mail: carcanholo@uol.com.br)

1. Sader (2001) – (Trad. nuestra)

2. En Argentina, en los días de hoy, incluso los economistas neoliberales más radicales no se atreven a explicitar claramente sus ideas y, en Uruguay, el ministro de la economía del gobierno del Frente Amplio ha afirmado a la prensa (agosto de 2005) que mantener el acuerdo con el FMI “es ser de izquierda”.

3. El actual presidente de Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva, dos años antes de acceder a la presidencia de la república, hacía la siguiente afirmación, refiriéndose al entonces presidente Fernando Henrique Cardoso (FHC) que imponía al país una política neoliberal:

“Si yo llegara a la presidencia de la república para hacer lo mismo que hace FHC, preferiría que Dios me tirase la vida antes para no avergonzarme. ¿Sabe por qué? Hay personas que no tienen el derecho de mentir, el derecho de engañar a los otros. Yo no lo tengo. Existe algo que tengo como sagrado: no perder el derecho de mirar en los ojos de mis compañeros y de dormir con la conciencia tranquila por saber que somos capaces de cumplir cada compromiso que asumimos.” (Luiz Inácio Lula da Silva, noviembre de 2000, entrevista a la revista brasileña Caros Amigos – trad. nuestra)

Con certeza, Dios no le ha atendido su súplica. Su política económica actual es igual o peor que la de FHC; seguramente más radical en lo que se refiere a la ortodoxia neoliberal.

4. Para Kohan, la perspectiva posmoderna “*No es más que la legitimación metafísica de la impotencia política*”. Kohan (2003).

5. Como ejemplo de eso, véase el excelente libro de Katz (2004)

6. Cf. Marx (1966), Libro I, cap. XXI - La reproducción simple.

7. Fonseca (1994)

8. Friedman, M. Capitalism and freedom, Chicago, p. 133. Citado por Fonseca (1994), p. 152 (trad. nuestra)

9. Cf. Fonseca (1994), p. 184.

10. “*Las tesis neoliberales han sido muy explícitas en su origen, en los escritos de Hayek e Friedman, pero, en las últimas décadas, se caracterizan por el esfuerzo permanente de incorporar valores ‘universales’ de forma mistificadora. Se presentan como paladines de la democracia, de la distribución de la renta y de la reducción de las desigualdades sociales, aunque promuevan justamente lo contrario*”. Carvalho (2004)

11 Fonseca (1994), p. 184 (trad. nuestra)

12. Cf. Fonseca (1994), pp. 183 e 184.

13. Así ha sido denominado, por muchos, el gobierno del presidente Luiz Inácio Lula da Silva en Brasil.
14. El programa “Hambre Cero” en Brasil es un buen ejemplo de lo que estamos indicando.
15. Sobre el asunto, no es poco útil consultar Smith (1983), p. 50.
16. Cf. Smith (1983), pp. 63 e 64.
17. Autor desconocido del siglo XIX
18. En la nota de pie de página nº 17, el verdadero autor es Marx (1844). En verdad, no sería natural que un neoliberal cínico hubiese citado ese autor; por eso sólo ahora lo explicitamos.
20. Basta recordar el derrumbe de la Unión Soviética y la nueva hegemonía unipolar en el mundo.

Bibliografía

- Fonseca, Eduardo Gianetti da (1994). *Vicios privados, beneficios públicos?*. Companhia das Letras, São Paulo.
- Katz, Claudio (2004). *El porvenir del socialismo*. Ediciones Herramienta, Buenos Aires,
- Kohan, Néstor (2003). “El humanismo guevarista y el posmodernismo - El sujeto y el poder”. En: <http://www.rebellion.org/argentina/che081002.htm> (acceso en 25 de agosto de 2005).
- Marx, Karl (1966). *El Capital*. México, FCE.
- Marx, Karl (1844). Manuscritos económico e filosóficos.
- Sader, Emir (2001). “Seattle: dois anos que mudaram o mundo”. En: <http://jbonline.terra.com.br/jb/papel/colunas/emir/2001/11/30/jorcolemi20011130001.html>, acceso en 09/08/2005. Trad. nuestra)
- Smith, Adam (1983). *A Riqueza das Nações*. Abril Cultural, São Paulo.
- Carvalho, Carlos Eduardo (2004). “Governo Lula, o triunfo do neoliberalismo”. En: Agência Carta Maior en 26/04/2004)

Conclusión del artículo: agosto de 2005.

Presentación para publicación en la revista: agosto de 2005.